

La circunscripción de nuestra actitud.

(Memoria presentada al VI Congreso Médico Nacional.)

Por el Dr. JOSE TERRES.

LOS problemas que saltan primero a la vista del hombre, los que son mirados más fácilmente por el vulgo, suelen ser los más toscos y de menos enzarzada solución. No siempre es así, sin duda, y algunos se presentan desde luego a la mente, que parecen por completo irresolubles, por lo cual se ve obligada a huirlos o abdica sus fueros, y para ello ciega y arrójase en brazos de la fe; pero no se trata por lo común, en tales casos, de asuntos relativos de modo directo a la conducta.

El desenlace de cada dificultad o el descubrimiento de algo, abre sendas que llevan a ignorados horizontes y muestra nuevas incógnitas, y así se ensancha ilimitadamente el campo de lo desconocido y estudiado y menesteroso de solución. Mas cada paso que se da en el interminable camino del saber deja a zaga gran copia de inteligencias, y siempre es bien corto el número de las que van a la vanguardia, y advierten las dificultades más subidas, y pueden sorprenderlas.

Los ojos del pensador perspicaz miran mucho oculto e importantísimo, inaccesible a veces a la inteligencia, donde el porro cree conocer todo y no poder vacilar en nada: es uno de los grandes deleites de la estupidez.

Como la humanidad, a lo que se dice y parece, ha ido ganando siempre, aunque muy poco a poco, en conocimientos y desarrollo mental; lo que ha menester de aclarar ahora difiere de lo que tenía que resolver hace mucho tiempo, como las preguntas que se hace el intonso se apartan de las que formula el sabio, y las respuestas corren la propia suerte, y los actos asimismo, en lo que dependen de la inteligencia, es decir, olvidando su agente principal, por más vigoroso y más vulgar: los sentimientos.

Si se reflexiona en las necesidades y condiciones de vida probables de los primitivos hombres, y se observa lo que acaece en las tribus más atrasadas intelectualmente que hay ahora, y se recuerda algo de lo poco creíble que se lee en la Historia, persuádese uno de que conforme más torpes los hombres, estudian menos las cualidades de una persona para confiarle tareas en que es necesario utilizar singularmente algunas de esas cualidades, prendas a veces y defectos otras; pero la meditación aunada a los éxitos, buenos o malos, de

continuo en dependencia parcial de las aptitudes, ha mostrado la ventaja de seguir conducta contraria, y ha ido enseñando la conveniencia de que cada uno se ocupe de lo relacionado con su capacidad. Ahora cualquier sujeto algo inteligente sabe no sólo que han abundado, sino sobran quienes trabajan fuera de sus aptitudes, notables quizá para otras labores; quienes yerran la vocación; y desde luego persuádese uno de que el fracaso particular de ellos, las instituciones cuya dirección se les confía o las ideas que se encargan de realizar, procede en parte, a veces grande y aun casi única, de incompetencia personal, o sea de que los medios no han sido a propósito para alcanzar el fin.

Ello no significa que ogaño se dediquen a cada empresa sólo los idóneos para llevarla a cabo, y si nos asombramos de que antes se confiase la administración de justicia, por ejemplo, al acreditado de más fuerte o más valiente, siquiera fuese el más bruto y cruel, lo mismo debemos admirarnos ahora al ver lo que pasa en sobrados círculos de la esfera social, aun en los que se antojan ilustrados, entre los que se cuentan los del arte médica, y así se ve ejercitarla a un sordo, v.gr., y se contemplan otros sucesos igualmente asombrosos o más. Pero si errores de conducta de tan colosal tamaño son por ello notados aun por inteligencias reducidas, copiosos son los que, por no ser tan groseros, pasan desapercibidos hasta por personas algo encumbradas. Tal vez por eso es sobrado vulgar la creencia de que los sujetos llamados intelectuales son a propósito para desempeñar cualquier tarea dependiente de la inteligencia, como si tal elemento del alma consistiese en una solá y simple actividad o manifestación, y suele parecer natural confiar el encauzamiento de un trabajo científico al gárrulo discursista de plazuela, como parece provechoso poner la política de una nación en manos del soñador poeta, o una cátedra de Química o de Lógica en poder de quien sólo sabe Gramática, maravillosamente quizá.

Tales errores, burdos en demasía los primeros y de mediana tosquedad los últimos, comparativamente a los que después mencionaré, han llamado la atención de muchos pensadores, y despertado proyectos y actos para evitarlos. Carece de razón Hugo Münsterberg (*Psicología de la Actividad Industrial*) al aseverar que Frank Parson, de Boston, fué quien primero tuvo la idea de estudiar las prendas de los adolescentes, para aconsejarles la ocupación a que les conviene dedicarse, a cuyo fin fundó un establecimiento especial, en 1908. Sería a lo sumo el primero en usar el procedimiento que aconsejó, por cierto harto defectuoso, porque en gran parte se apoyaba en contestaciones dadas por los interesados, sobre pormenores de sus cualidades (*Choosing a Vocation*, Boston, 1909), y precisamente ahí está la clave del error, ¡cuántos discromatópsicos llegan a adultos ignorando no poder distinguir el verde del violado! ¡Cuántos sólo por casualidad descubren oír harto poco de un lado! Empero en este lugar debe decirse que muchas personas se habían ocupado del asunto muy antes que Parson. Yo mismo, en una conferencia dada en la Es-

cuela Nacional Preparatoria, dos años antes del citado, dije, entre otras cosas: «La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes me ha dado el honroso e importantísimo encargo de llamar la atención de los alumnos de esta Escuela y de los padres de familia, acerca de las «ventajas y dificultades de las profesiones que se estudian en la Escuela Nacional de Medicina, en la Escuela Nacional de Ingenieros, en la Escuela Nacional de Bellas Artes, por lo que se refiere a los arquitectos, y en la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria», y acerca de las «ventajas generales de los conocimientos impartidos en la Escuela Nacional Preparatoria».

«Fácil es suponer que esta disposición se ha dictado con la mira de ahorrar trabajos estériles, de evitar esas equivocaciones tan frecuentes como lamentables, que se cometen al escoger una profesión, y que tienen, entre otras, la mala consecuencia de hacer improductivas para la patria las largas y penosas labores intelectuales de muchos de sus hijos»

«La elección de una carrera no se efectúa comunmente analizando y valorando las aptitudes del futuro profesante, sino guiándose por otras consideraciones muy distintas. Un padre destina a su hijo para determinada profesión porque la cree más lucrativa que otra, o más honrosa, o más estimada en la sociedad, o porque siendo la que él tiene, piensa que podrá expeditar la labor del hijo aconsejándole, o legándole su fama, como se trasmite la de una casa de comercio. Un hijo escoge su carrera por motivos iguales a los señalados, o deslumbrado por los triunfos obtenidos por un pariente, o por continuar estudiando con un amigo, o por andar vestido de uniforme, v.gr., y esta manera de decidir tan importante problema de la vida de un hombre, trae funestas consecuencias.»

En 1901 y 1902, Gabriel Hanotaux publicó en *Le Journal*, de París, artículos tendientes a aconsejar que se estudie a los niños a fin de descubrir sus aptitudes, para aconsejarles carrera conveniente, y con anterioridad, en 1870, el doctor Gabino Barreda, en la conocida carta dirigida al licenciado Riva Palacio, llamó la atención sobre el propio asunto. Y es indudable que antes, muy antes que todos los citados, otros pensadores se habían preocupado con el mal y deseándole remedio, pues tan notorio ha sido siempre que ciertos sujetos consagran su vigor a labores para las que carecen de idoneidad, que de tiempo inmemorial existe en nuestra habla el adagio que dice «tener malos dedos para organista», para significar incompetencia para la ocupación en que está empleado. Mas si los grandes errores de vocación se advierten bien, no así otros más sutiles, que corresponden a diferentes aptitudes de estudios dentro de un grupo de ellos o en una misma profesión, y por desconocer y no tomar en cuenta tales desigualdades y las equivocaciones procedentes de su ignorancia, se embrollan los problemas, se detiene el avance del saber y aun se hace retrogradar. Ejemplificaré esto con lo que se advierte en la profesión médica únicamente, porque no quiero aventurarme en terrenos de todo en todo desconocidos para mí, a pesar de que estoy persuadido

que en cada uno de los campos de humana actividad sucede. Comenzaré por lo más aparente. Está fuera de duda que hay primorosos operadores que son pésimos médicos, hasta podría decir malos cirujanos, que aún justifican el reproche que oí al doctor Maximiliano Galán dirigir a la Cirugía, (1) pues son como educadores que para corregir una falta matasen a quien la comete, con la circunstancia de no haber aquí la atenuante del beneficioso ejemplo. Así mismo existen facultativos sumamente hábiles para descubrir oportunamente y conducir a buen fin dolencias por medio de la terapéutica médica, y, en cambio, completamente indiestros hasta para hacer una iridectomía, y dista de ser excepcional encontrar quien diserte a maravilla sobre una dolencia y no la sepa diagnosticar en la práctica, y menos tratar, como hay quien saque con suma habilidad una muela y no sepa cómo ni por qué le resulta; de todo lo cual se colige la inconveniencia, en teoría admitida universalmente y en la realidad desdeñada, de que un médico acepte toda clase de enfermos.

Notoria es la diferencia entre los hombres teóricos y los prácticos; mas así y todo, olvidada a menudo. Apenas ayer, un estimado colega argumentaba en contra del mérito de la Lógica, diciendo que cierto profesor de este arte, que siempre y por todos fué tildado de teórico, no sobresalía al enseñar otra asignatura a la cual jamás se aplicó con amor; más podría haber dicho y así su argumento habría tenido siquiera regular apariencia: fácil le era haber aseverado que ese señor en sus actos cometía graves errores, y por uno de ellos se aprendía en su cátedra poco y mal la ciencia aludida en segundo lugar, cual es verdad y perfectamente explicable, supuesto que uno es conocer las reglas de la Lógica y otro aplicarlas, como uno es conocer los sencillísimos consejos para percutir y hasta poder juzgar con acierto cuando se ve hacer esa exploración y otro realizarla de modo perfecto; pues no por saber Lógica se ha de saber todo; allende de otros pormenores que sería impertinente recordar aquí, y que hay que tomar en cuenta al pretender juzgar la conducta humana y escudriñar por qué es tan común que se sepa lo que se ha de hacer y no se haga, o se piense de un modo y se obre de otro, y se equivoque quien falla sobre los actos ajenos desconociendo las condiciones en que está el actor o los móviles que le impulsan.

Diversas son las aptitudes del patólogo y del clínico, a pesar de los apretados lazos que unen esa ciencia con este arte, los cuales lazos imposibilitan ser buen clínico sin ser patólogo, pero permiten conocer Patología y no servir en la Clínica; como es tan vulgar ser buen teórico y mal práctico, y no al contrario.

Otro error magno que se comete con suma frecuencia, y por circunstancias especiales me atosiga su recuerdo al hablar de lo anterior, y me hace involucrar aquí su cita, aunque no parece relacionado con lo que vengo diciendo, es confundir las facultades de crear y de imitar. Un médico puede ser buen patólogo y, en concepto de va-

(1) «Curiosa ciencia que para curar un mal suprime el órgano dañado.»

rios, hasta buen profesor, si por tal se entiende el que como si fuese fonógrafo repite lo que se le ha grabado, de modo brillante acaso, y a pesar de todo incapaz, no digamos de crear una explicación aceptable, una teoría mediana, ni de catarlas siquiera, y más inhábil todavía, por de contado, para abordar con buen éxito otros asuntos que han menester aptitud diversa de la de retención y repetición, y especial disciplina de la mente; y, sin embargo, así como el vulgo más atrasado acude con afán al que operó con buen resultado una catarata, para que asista un parto distócico, así el vulgo de los facultativos toma por norte en asuntos de nosología o de pedagogía médica, u otros teóricos y abstractos, las opiniones del que se ha hecho notable por manejar primorosamente el escalpelo o sabe al dedillo los síntomas de la pulmonía, y ¡cómo abunda ese vulgo! ¡Cómo se infiltra en todas partes y cuán grande es su perniciosa influencia!

La probidad profesional exige que se singularicen las actividades en Medicina: esto ya nadie lo discute, si se enuncia así, aun cuando, lo repito, diste de ser excepcional que quien más recio lo pregona sea quien menos lo hace, y aun cuando no se precise el modo de hacer las especialidades; las cuales, a mi ver, y lo juzgo certísimo, no quedarán completas y perfectas con que unos se ocupen de Oftalmología, otros de Obstetricia, y así de las otras divisiones del arte; y si en esa clase de separación de la actividad no hay desacuerdo, a pesar de que se trata de fragmentos del propio arte, menos debía haberlo en otra distinción más radical y en la cual por desgracia ni se acostumbra poner mientes: en lo que distingue las aptitudes especulativas de las prácticas, y aun la habilidad manual de la excelencia mental.

Incuestionable es que hay hombres superiores capaces de aunar prendas harto disímiles; pero son excepcionales, sus habilidades no suelen ser consecuencia una de otra, y, por lo mismo, se ha menester sobresaliente torpeza para pensar que cualquier práctico diestro ha de ser, por eso, atinado pensador.

La necesidad de particularizar, o **ESPECIALIZAR**, según suele decirse, es reconocida unánimemente por los médicos; mas parece-me que de modo imperfecto, porque si se mira lo que se hace, más bien que lo que se dice, se advierte falta de limitación justa en el ejercicio profesional, y si se medita en lo que se oye hablar, persuádese uno de que ni de modo puramente teórico ha adquirido idea la mayor parte de los médicos, de la manera de singularizar las actividades.

Con la propia pena que leí hace años, recuerdo ahora, aunque sin asombro, que una comisión de facultativos de los más famosos en nuestro país, escribió, a la ligera tal vez, pero firmó, que se hace necesario entre nosotros circunscribir los estudios a una especialidad de nuestro arte, aunque se ejercite igualmente todo él. Y si no me sorprendió el hecho de que se aconsejase ceñir el estudio y no la práctica, debiendo ser lo contrario, es porque diariamente lo vemos realizar, como miramos las funestas consecuencias que tal proceder acarrea.

Es claro que para ser especialista útil, para poder prestar a los enfermos los auxilios que consiente el estado actual de la Medicina,

se ha menester, entre otros requisitos, el de no limitar de modo absoluto los estudios y conocimientos a la especialidad, aun cuando sólo ella se ejercite, pues se requiere, por lo menos, saber vislumbrar la presencia de alteraciones patológicas existentes en el sujeto, ligadas o no con la dolencia que se cura, no para tratarlas igualmente, pero sí para aconsejar que se acuda para ello a persona idónea, si las circunstancias lo indican.

A granel podría citar ejemplos para poner de realce los perniciosos resultados de atender enfermos no pertenecientes a lo único que se conoce, y también de sólo estudiar una rama del arte; y si serían muy más numerosos los casos del primer grupo, es por la mayor frecuencia del vicio que origina el mal, pues en México son contadísimos quienes reducen su práctica, y, en cambio, abundan los que lo hacen en el estudio, los que siguen el nefando consejo de la comisión citada.

No resisto al deseo de referir en compendio un caso pertinente, y lo hago por presumir que nadie podrá sospechar los nombres de los facultativos que intervinieron representando ahí mal papel, no por juzgarlo raro ni más notable que cualquier otro. Un señor que usa anteojos (ignoro cuál es su defecto de refracción) acudió al oculista que se los recetó hace tiempo, porque comenzó a ver doble y a padecer de fuerte dolor por la nuca. El doctor le examinó los ojos, notó que los vidrios usados no eran ya los apropiados, prescribió otros diciendo que se le volviese a consultar si después de varios días no se corregía el mal, y aconsejó (eso fué lo peor) que para el reuma de la nuca se tomase aspirina. Dado tal diagnóstico de reuma y prescripto su tratamiento, por persona que indebidamente parecía autorizada, y preocupado el enfermo más con el dolor que con la alteración visual, se dedicó a combatirlo, y algo después advirtió que se le desviaba la boca, por lo cual acudió a su médico de cabecera, cirujano que asiste de todo, y por ello tanto él como un discípulo suyo, quizá sugestionados por el preopinante, juzgaron que el famoso reuma se extendía, y cambiaron la aspirina por salicilato de sodio.

Los males siguieron de frente, con el aditamiento de algunos ratos de subdelirio y ligeras convulsiones; todo lo cual fué atribuido a la aspirina tomada. El hecho es que cuando se apeló a un médico de los llamados internistas, se habían perdido semanas para combatir una sífilis intracraneana, que debía haber sido sospechada desde el primer día, si no asegurada desde entonces, ya que sobaban los signos de ella, inclusive la reacción de Wassermann y sus análogas. Presumo que nadie pretenderá justificar esto diciendo que se trata de errores de diagnóstico que quizá yo cometo más que cualquier otro, así como más que ellos, o al igual, ignoro la acción de los medicamentos, y por eso soy capaz de atribuirles síntomas que no motivan; porque tal manera de pensar indicaría demasiada torpeza, ya que se trata de errores cometidos por pretender diagnosticar y curar enfermos de cualquier categoría, lo cual no hacemos todos: uno es equivocarse en algo, a pesar de estudiarlo, y otro errar por aventurarse voluntariamente en lo que no se conoce.

Hablando a facultativos, máximamente ornados con la ilustración que sella a los que ejercitan en este momento su paciencia escuchándome, es perogrullada (ojalá que así fuesen consideradas todas las proposiciones de este escrito) recordar que se enlazan sobradas veces los padecimientos de órganos harto separados, y que en un enfermo existen a menudo afecciones independientes, y sería triste oír, o más bien dicho, lo ha sido, que se pretenda justificar un fracaso ruidoso, diciendo que fué el doctor consultado para un mal distinto del que, por descuido, causó la muerte. ¡Como si los enfermos pudiesen diagnosticarse y saber a quién han de acudir para cada dolencia, y cuál es la principal de las que les aquejan, y de qué modo se contrarresta el pernicioso efecto que en la culminante alteración patológica ejerce lo prescripto contra la secundaria! ¡Como si los pacientes estuvieran en posibilidad de saber qué parte de sus molestias incumbe a una especialidad y qué parte a otra, cuando los mismos que se dicen especialistas suelen ignorarlo, supuesto que quien se dedica a andrología atiende de ordinario a neumoníacos, tanto como a uretrales y a senosíticos!

La cordura, en concierto con la probidad, piden que se singularice o, cual se acostumbra decir, se especialice la actividad a una rama del arte de curar; mas para ello se tenga de las otras el conocimiento bastante para entrever siquiera la existencia de padecimientos extraños a la especialidad que se cultiva, y, desde que se han vislumbrado, aconsejar que se acuda a persona competente para que los atienda o al menos opine sobre su importancia, pues, de lo contrario, se corre riesgo hasta de ser verdaderamente responsable de una muerte por omisión.

El propio encadenamiento de prudencia y honradez profesional, exigen que la orientación de los estudios médicos, en lo atañente a formación de planes de estudios, programas, procedimientos de enseñanza, elección de libros de texto, ocupación de puestos de profesor, sea confiada a personas de verdadero criterio científico y, si es dable, de conocimientos y educación especiales, y no, cual se hace tal cual vez, al que ha logrado fama, bien o mal adquirida, como facultativo de clientela vasta, como tampoco al afiliado a tal o cual partido político.

Se me antoja que no estoy en gran error al llamar la atención de quien conserve ilusiones sobre el progreso de la parcialidad médica y el buen encauzamiento de las labores conducentes a ello, acerca de la necesidad de trabajar sin tregua en este sentido, teniendo presente que los males señalados no son exclusivos a nuestra nación, aunque quizá más manifiestos en ella; pero muchas veces procedentes de las extranjeras; y uno de los orígenes de nuestro atraso se halla, a mi indocto entender, en la costumbre de seguir a ciegas las ideas de cualquier libro, personaje o corporación de otro país.

El doctor Gabino Barrera soñaba con reducir, y quizás aniquilar, la desunión de los mexicanos, unificando su criterio para juzgar los sucesos, y después otro encargado de la educación pública solía

decir en pláticas privadas, que dicha educación habría llegado a su culminante progreso cuando pudiera saberse en cada momento del día lo que se estaba haciendo en todas las escuelas primarias de la república; v. gr.; los niños del primer año aprendiendo a escribir papá, y los de tercero dibujando una pala. Confieso que no participo de los ensueños del primero y me horroriza la presumida tiranía del segundo; mas no me disgusta menos el libertinaje intelectual, que corrompe todo y se extiende desde el criterio hasta los actos, pasando por el lenguaje, y que hace de nuestra parcialidad, única de que quiero ocuparme, una babel médica, donde muy pocos nos entendemos y escasísimos culminan, pudiendo y debiendo ser lo contrario, si cada cual singularizase racionalmente sus actividades, y el encauzamiento de las colectivas no se confiase a tontas y a locas a personas, por todo extremo competentes para otros asuntos.

En resumen: salvo en contadísimas excepciones, de personas de variadas aptitudes reales, creo que en la actualidad se han de aceptar como bases de conducta, las siguientes:

1º Cada médico ha de procurar dedicar su actividad a los trabajos especulativos o prácticos para los que tienen mejores aptitudes, con exclusión de todos los otros.

2º Para ello estudiará preferentemente y con gran extensión la rama que ejercita; pero procurará estar al tanto de los conocimientos médicos en general, siquiera someramente.

3º Los que se dediquen a atender enfermos, no asistirán a los que no pertenecen a la especialidad a que se dedican, salvo excepciones.

4º Si perjudicial es que en tareas clínicas trabajen los facultativos fuera de su especialidad, perjudicial es también que lo hagan así en asuntos lógicos, pedagógicos, o de otra índole.

Toluca, 17 de abril de 1920.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "José Ferris". The signature is highly stylized and cursive, with a large, sweeping flourish at the bottom that loops back towards the left.